

---

Jaime Lara, *City, Temple, Stage: Eschatological Architecture and Liturgical Theatrics in New Spain*, Notre Dame, University of Notre Dame Press, 2004, 299 p.

por Miguel León-Portilla

Repiten con frecuencia los teólogos que los grandes dogmas del cristianismo han sido y son inalterables. Afirman también que ello es así, entre otras cosas, porque esos dogmas son parte esencial de la revelación de Dios a los seres humanos. Pero a la vez es también una verdad que el cristianismo no ha existido en el vacío, sino en un gran número de contextos y escenarios culturales a lo largo de los cerca de 20 siglos que tiene de existencia.

Así, lo que en un principio fue un conjunto de creencias estrechamente ligadas a las del judaísmo pasó a ser, según lo declaró el mismo Jesús, no una supresión de los dogmas y las prácticas del Antiguo Testamento, sino un perfeccionamiento y enriquecimiento de ellos. A medida que los cristianos se fueron separando de los judíos, su fe religiosa se perfiló cada vez más en su propia integridad. Pero con el paso del tiempo, al extenderse el cristianismo a diversos ámbitos de la ecúmene, es decir, de la tierra habitada, se fueron perfilando cada vez más interpretaciones que, sin que prescindieran de la original ortodoxia, revistieron caracteres distintos.

De este modo, en la época helenística, el cristianismo se abrió a la influencia de ese mundo de cultura. Basta con leer el principio del Evangelio de san Juan para percatarse de esto. Allí se dice de Dios que es el *Logos*. Ese *Logos* que existió en *arjé*, es decir, en el comienzo, o como dirían los pueblos nahuas “cuando aún era de noche, cuando iba a amanecer”. Elementos de esa primera inculturación cristiana han sobrevivido hasta el presente. Entre ellos están, como algo muy visible, los atavíos con que se revisten los sacerdotes, los obispos y el mismo papa. La nomenclatura de quienes integran la jerarquía eclesiástica lo está diciendo: *presbíteros*, vocablo que significa “ancianos”; *obispos*, palabra que significa “los que vigilan u observan”. A tales términos griegos puede sumarse el de origen latino de la época romana *pontífice*, voz que significa “el que hace puente entre la divinidad y los seres humanos”.

Elementos también de la cultura helenística son el incremento en el culto a la virgen María equiparada tácitamente con la *Theameter*, la diosa madre, lo que culminó en el Concilio de Éfeso cuando se reconoció como un dogma la afirmación de que la virgen María era la madre de Dios, la *Theotocos*, la que da a luz a Dios.

Y más tarde el cristianismo volvió a inculturarse entre los pueblos del norte del Mediterráneo, es decir, de Grecia, Italia, Francia, España y Portugal. Allí, en una gran variedad de formas, hasta hoy mismo, hay fiestas y rituales como los de la romería de la Virgen del Rocío en Andalucía. Es ésta otra forma sobreviviente de la expansión del culto mariano.

Muy diferente fue la inculturación que se gestó con la Reforma protestante. Fue entonces cuando teólogos luteranos y otros se empeñaron en hacer rescate del cristianismo más puro, disminuyendo, por lo menos, la influencia helenística y las que a ella siguieron. A todas luces fue ésta otra forma de inculturación del cristianismo. Y a ella paradójicamente acompañó la reacción antirreformista tal como la concibieron, entre otros, san Ignacio de Loyola y los jesuitas.

A la luz de todo esto, ¿resulta extraño que el cristianismo al pasar al Nuevo Mundo transmitido por los frailes mendicantes tuviera formas de inculturación un tanto diferentes? Una respuesta a esta pregunta es el tema central del libro de Jaime Lara, *City, Temple, Stage: Eschatological Architecture and Liturgical Theatrics in New Spain* [Ciudad, templo, escenario. Arquitectura escatológica y teatralidad litúrgica en la Nueva España].

Es ésta una obra muy rica en información, pero también muy rica en reflexiones dirigidas a captar lo que fue esta nueva inculturación del cristianismo en los países que hoy integran lo que se conoce como Iberoamérica. Para facilitar ese acercamiento, el autor se concentra básicamente en el caso de la Nueva España, es decir, del México colonial. Muestra que aquí arraigó tal inculturación que con ella nació una nueva forma de cristianismo que ha teñido en su integridad al ser mismo de la mayoría de los habitantes de este gran continente.

Jaime Lara nos había dado ya numerosos trabajos que al menos parcialmente anticiparon esta muy grande presentación. Además, después de la publicación en inglés del libro que estoy comentando, ha sacado a luz otros trabajos, entre ellos el titulado *Christian Texts for Aztecs: Art and Liturgy*

*in Colonial Mexico* [Textos cristianos para los aztecas. Arte y liturgia en el México colonial], publicado en 2008.

Estructurado el presente libro en varios capítulos, nos introduce a temas estrechamente relacionados con la arqueología, la antropología, la historia, la arquitectura, la teología y la liturgia. Y lo hace en un volumen en que las imágenes, muy copiosas, iluminan lo que con su texto nos expone.

A mi parecer, Jaime Lara se ha acercado no sólo a autores como Kubler y McAndrew que han escrito sobre las interrelaciones entre la arquitectura de los conventos y los templos erigidos por los frailes y el dogma y la religiosidad cristianos. Ha tomado también en cuenta a los principales cronistas, sobre todo los de la Nueva España, como Bernardino de Sahagún o Toribio de Benavente Motolinía, y a autores de confesionarios y gramáticas de lenguas indígenas. Un libro que también ha influido en su pensamiento es el de John Leddy Phelan, *The Millennial Kingdom of the Franciscans in the New World* [El reino milenarismo de los franciscanos en el Nuevo Mundo], obra que por cierto se tradujo al español y fue publicada por el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM.

Aportación en extremo compleja es ésta, pero de grande significación para comprender aspectos a veces escondidos en la cosmovisión cristiana de los iberoamericanos. Y si el cristianismo en este continente tiene como obvio antecedente el cristianismo español y portugués, es ya realidad muy diferente porque esa nueva versión cristiana, además de la herencia europea medieval, se fincó en el ser prehispánico de las religiones indígenas. Precisamente a mostrar y demostrar esto dedica Jaime Lara varios capítulos de su libro. Versan ellos sobre lo que enuncia en el título del mismo. En su acercamiento a la ciudad novohispana que se fue formando poco después de la Conquista, hace ver cómo la rica simbología de un cristianismo medieval se tornó patente en ella. Tal cosa se percibe en los diseños urbanísticos, la arquitectura y la reproducción de un modelo de ciudad edificada en un tiempo y un espacio estrechamente vinculados a una visión del mundo. Ninguna prueba mejor de esto sería la de comparar esta ciudad ideal, pero a la vez real, con el trazo y la estructuración de la ciudad en el país vecino del norte, es decir, en las colonias anglosajonas un poco más tardías, concebida como consecuencia patente de intereses principalmente económicos. Absurdo sería, por ejemplo, comparar la ciudad que aparece delineada en el mapa de México-Tenochtitlan

hacia 1550 que se conserva en la biblioteca de la Universidad de Upsala, en Suecia, con la traza de ciudades norteamericanas como la de Chicago, Nueva York y otras, incluyendo por supuesto a Boston y a un centenar de ciudades menores. El solo pensar en una comparación equivaldría a acercar un mundo lleno de símbolos a otra concepción carente de los mismos, pero teñida de supuestos intereses de progreso, economía y materialismo.

La versión española de la escatología cristiana había quedado plasmada en los que se conocen como libros “beatos”, libros con el texto del Apocalipsis. Una enorme carga de símbolos aparece ahí incluso pictóricamente. Y parecida carga de símbolos se tornó patente en la traza y la arquitectura de los recintos de la temprana Nueva España. En ellos, las solas imágenes de santos y santas aparecen varias veces en relación con lo que se concibe como alusión al Bien y al Mal. La evocación de las ánimas del purgatorio, la de los bienaventurados que se hallan en el cielo o de los que han sido condenados al fuego eterno del infierno, se torna presente en numerosos cuadros o pinturas murales de conventos y de otras edificaciones religiosas del siglo XVI.

En este punto me veo obligado a decir que la adopción que hace Jaime Lara de los conceptos *escatológico* y *milenarista* de los que habla no siempre resulta muy obvia. Haciendo suyas, en gran parte, ideas de Phelan, que secundó también el recordado Georges Baudot, postula tal escatología sin explicar por qué otros frailes mendicantes, como los agustinos y los dominicos, y más tarde los jesuitas, al parecer no la compartieron. ¿Fue acaso un milenarismo postulado tan sólo por los franciscanos? Recordaré en este contexto la existencia de un cuadro en el museo de la Basílica de Guadalupe, en la Ciudad de México, en el que aparece el arcángel san Miguel venciendo a los demonios y llevando en la mano un estandarte en el que está pintada la efigie de la Virgen de Guadalupe del Tepeyac. Más que meramente simbólica es esta representación, en la que el icono guadalupano aparece vinculado a la simbología cristiana que reinterpreta, a su modo, la mención apocalíptica de esa batalla entre los ángeles, capitaneados por san Miguel, y los que fueron réprobos seguidores de Lucifer. La consideración que estoy haciendo, con un sentido crítico, es un apuntamiento a la conveniencia de dar entrada a estas formas de interrogación para seguir hablando de escatología en la introducción del cristianismo en Iberoamérica y en particular en México.

Otro foco de atención son los que Lara describe como templos. Con esta palabra hace referencia a los grandes conventos, de los que, en el caso de México, perduran cerca de 800 situados en el centro y el sur del territorio del país. Esos conventos son otro ámbito de inculturación plena del cristianismo en la tradición arquitectónica mesoamericana. El solo hecho de que un buen número de ellos se edificó en el mismo lugar en el que estaban erigidos los templos prehispánicos es ya elocuente. Y a través de esa arquitectura, la inculturación se mantuvo visible y aún tangible. Bastaría con mencionar sólo un tema: el de las cruces atriales, que, a no dudarlo, guardan relación con el árbol cósmico representado en códices, como en la primera página del *Códice Fejérváry-Mayer*, en las páginas 75-76 del manuscrito maya, también prehispánico, conocido como *Códice de Madrid* y, asimismo, en la estela 5 de Izapa, tallada dos o tres siglos antes de la era cristiana, con la representación de un árbol cósmico a cuyos dos lados aparecen las imágenes del dios y la diosa supremos, es decir, de la original dualidad divina.

Si quisiera yo seguir paso a paso la exposición de Jaime Lara así como referirme a su muy rico complemento iconográfico, tendría que escribir otra obra paralela a este libro. Ello corresponde, por lo menos, a realizar un análisis y una valoración de lo que expone.

En lo que toca a lo que llama valiéndose del vocablo inglés *stage*, que podemos entender como “escenario teatral”, Lara da un paso más y se acerca ya al simbolismo espiritual aportado por obras que se escenificaban ante multitudes, portadoras de mensajes del Antiguo y del Nuevo Testamento. Los textos de varias de esas obras del que se ha llamado “teatro de evangelización” se conservan, e incluso han dado lugar en los últimos años a nuevas puestas en escena. Los meros títulos de tales obras, como “El Juicio Final”, “El sacrificio de Isaac” o “La toma de Jerusalén”, son ya elocuentes. Y en ellas parece también palpitar, una vez más, el sentido escatológico de la fusión hispano-indígena sobre el cual tanto insiste Jaime Lara.

Ciertamente los frailes evangelizadores llegaron a concebir su acción misionera como un combate entre la antigua religión, y sus abominables ritos con sacrificios humanos, y un cristianismo pensado como religión de amor, y no vacilaron en hacer patente tal actitud, que los condujo precisamente a dar entrada al apocalíptico combate entre el Bien y el Mal. Y repetiré que espero y deseo que Jaime Lara nos ofrezca otro libro en el que ahonde más en este tema.

En mi opinión, la descripción, el análisis y la valoración de lo que fueron la ciudad, el templo y el escenario de lo que el autor llama “concepción escatológica” desarrollada particularmente por los franciscanos confirman que esos dos mundos de cultura que se encontraron, el español y el mesoamericano, dieron como fruto a la postre la realización de esa inculturación del cristianismo, cuyas consecuencias perduran hasta hoy en México. Si es verdad lo que subraya Jaime Lara —de que poco, relativamente, fue lo que se destruyó de la antigua cultura y, en cambio, mucho lo que se recicló de ella, es decir, lo que se revistió de nuevos significados—, un juicio sobre lo que fue la Conquista tendría que ser muchísimo más ponderado.

Por necesidad tengo que limitarme aquí. Invito al lector a emprender esa lectura para disfrutar del contenido pleno de esta obra. Constituye ella, y creo que esto es un sumo elogio, un penetrante acercamiento a lo que llamaré el alma de la gran cultura mesoamericana, y por extensión del Nuevo Mundo, en la plenitud de sus raíces indígenas.

Y con razón insiste Lara en que lo indígena no fue meramente receptivo y, menos, tan sólo escenario de imposiciones, sino que asimismo aportó elementos propios que, en muchos aspectos, complementaron la empresa evangelizadora de los frailes. En tal empresa ha habido muchos altibajos y aun contradicciones, pero en ella lo indígena, como lo subraya Jaime Lara, no fue meramente un escenario con elementos que permearon en muchas formas lo que llegó a ser la ciudad, el templo y el escenario que hasta hoy perviven en el ser mismo de los pueblos de Mesoamérica, sino que fue origen de la participación indígena al lado de lo que aportaron los frailes mendicantes. Ello se torna evidente al asomarse al menos al escenario geográfico. En él se levantan moles impresionantes de templos y conventos que, erigidos en lugares consagrados siempre a un santo determinado, hacen de la geografía hispanoamericana algo único en la historia a nivel universal.

Invito a los lectores a acercarse a esta obra de muy grande interés. Constituye ella una especie de llave para abrir la puerta a este universo de cultura en el que un cristianismo inculturado, en raíces de pueblos originarios creadores de civilización, se nos torna presente, incluso con el colorido de sus centenares de pertinentes ilustraciones. Este libro no debe caer en el olvido: es un paso en la comprensión de una gran realidad cultural que ciertamente no surgió en vano.